

tumbas, inscripciones, bajo-relieves en lápidas que representan, según que el sol sale ó se pone, un león ó un hombre puesto de rodillas; murallas enormes, almenas y aspilleras se hallan desparramadas en todas direcciones, confundidas, mezcladas, y recuerdan á la vez las cruzadas, la dominación árabe, la época griega y la antigüedad fenicia.

El sendero que siguiendo la playa conduce desde Djebel á Beiruth está sembrado de ruinas. A más de los restos en todas partes visibles de una vía romana, los numerosos trabajos en la roca que se ven en el puertecillo de El-Bowar, los mojones miliarios que yacen de distancia en distancia, el puente antiguo echado sobre el Mamelthein, en la frontera de Kaiserman, la colina de Sarba, que lleva á cuevas los restos de un templo y cuya masa granítica se halla en todas partes almenada como el interior de una columna, y por último, las esculturas y las inscripciones cuneiformes del río del Perro, hacen de esta parte de la costa una de las regiones de la Siria más dignas de llamar la atención y que más interés inspiran. Allí se encuentran algunas veces monedas antiguas á flor de tierra, y el fellah con la reja del arado remueve históricas ruinas ó destroza un mosaico.

En Sarba, en la cúspide de la colina, cerca del templo, en una casita árabe protegida en verano contra los rayos del sol por gruesas esteras, que se extienden por encima de la azotea, habita una familia verdaderamente patriarcal, muy conocida y muy respetada en el país, la familia Khadra. Desde mi regreso, no he pensado una sola vez en Siria sin acordarme de aquella casita, de las dulces horas que en ella he pasado, de la cordial hospitalidad que tantas veces en ella he recibido. Por la noche teníamos música. El canto y la música árabe no se escriben. Los artistas, guiados solamente por su inspiración y su memoria, no repiten jamás de la misma manera la misma canción; cada cual hace variaciones diferentes sobre un tema común, interpretándolo á su modo. El canto árabe es extraño, pero la costumbre lo vuelve delicioso. Tiene el carácter del país y se armoniza con él; se arrastra largo tiempo en notas monótonas, y de repente se eleva en agudos sonidos, lo que causa el efecto de los minaretes sobre las cúpulas de las mezquitas.

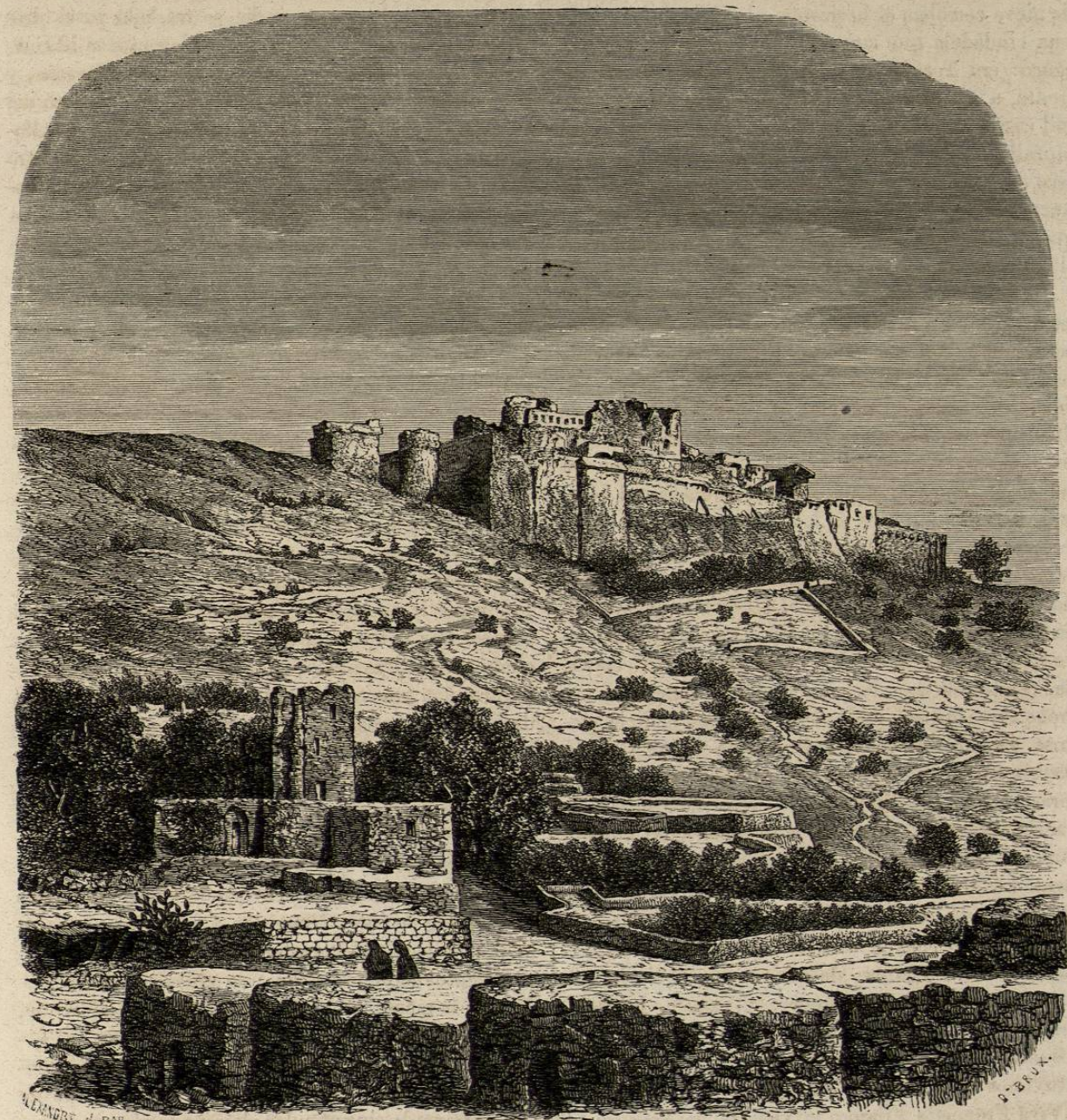
Yo pasé en Sarba el carnaval, época del año en que poetas ambulantes, especie de trovadores árabes, recorren el país cristiano, se detienen en las casas ricas, y en ellas recitan versos de su cosecha, pasajes de la célebre novela de Antar, uno de los héroes de la Arabia anteislámica, ó algunas estrofas de Hariri. Se oye, se admira, pero nada se comprende. Toda la literatura de Oriente, es decir, la bella literatura, es profana, y por lo mismo inaccesible para los cristia-

nos, los cuales no conocen más que la lengua vulgar. Un maronita, llamado Nacasch, ha hecho sin embargo algunos ensayos poéticos y compuesto dos ó tres comedias que son las primeras que han nacido bajo el sol de Oriente. El trovador, sentado con las piernas cruzadas, se acompaña con un instrumento de cuerdas cuyo mango apoya contra el hombro, fijando el otro extremo en el dedo pulgar por medio de un anillo. A cada estrofa se detiene, bebe una gota de aguardiente, y prosigue. El carnaval es también el tiempo de las fiestas. Lo mismo que la música y el canto, la danza árabe no tiene leyes regulares, y varía según la disposición del ánimo y la inspiración del que baila. El tema, sobre el cual se borda, es con poca diferencia el mismo que en el baile de estudiantes de París llamado la *Closerie des Lilas*. Los hombres no se mezclan con las mujeres, y éstas, á no ser que sean bailarinas de profesión, no se entregan á este ejercicio delante de aquellos.

Entre los maronitas el martes gordo cae en domingo y el miércoles de Ceniza en lunes. En una palabra, el lunes gordo es el primer día de Cuaresma. Yo me hallaba en Sarba precisamente el domingo. En semejante día los hombres de todas las aldeas de Kaiseruan recorren el país divididos en numerosas comparsas. Los unos van disfrazados, los otros llevan resinosas antorchas, otros tocan distintos instrumentos, y si carecen de ellos, golpean uno contra otro dos pedazos de hierro ó de palo ó cuanto encuentran que pueda meter ruido. A las ocho de la noche la casa de Khadra fue invadida, ó por mejor decir, asaltada por tres ó cuatro comparsas, las cuales, por un acto de urbanidad al cual por cuanto hay en el mundo no faltará un maronita de las cercanías de Sarba, venían á saludar al jefe de la familia y á beber cuanto aguardiente y vino de Chipre pudiese contener su bodega. Los músicos tocaron espontáneamente todo género de música, y después se apoderó de la concurrencia una alegría frenética. Es necesario haberla visto para figurarse lo que era aquella muchedumbre encerrada en una sala estrecha, gritando, bailando, aullando, como el infierno en la celda de San Antonio, y en que se veían agitarse en medio de los grupos individuos extraños que se habían hecho un pantalón con las mangas de la camisa para darse una apariencia de europeos, hombres extravagantes que andaban á gatas, ahogando con sus agudos gritos la voz de bajo de los timbales. Menester es haberlos oído para figurarse los sonidos producidos por aquellos instrumentos estropeados, que en su entusiasmo habían perdido toda medida, y tocaban á la vez, cualquier cosa, con toda su fuerza, sin pausa, sin descanso, sin tregua. Empezó por fin la danza del sable. Armado con una de esas enormes hojas corvas, que en otro tiempo se fabricaban en Damasco, un

hombre se precipitó en medio de la multitud, agitando en torno suyo en todas direcciones el arma terrible. Este ejercicio duró un cuarto de hora. Al primer danzante sucedió otro, y á éste otro. Yo me sentí

acometido también por la calentura del baile, y á mi vez me precipité dentro del círculo, con peligro de atropellar á algunos concurrentes. Cuando de antemano se ha tomado la resolución de dejar á un pró-



El Kalat-el-Hosn.—De fotografía.

jimo sin nariz ó de vaciarle un ojo si no se separa con bastante prontitud, la danza del sable no es difícil.

El día 30 de marzo, terminadas por fin las escavaciones de Djebel, se presentó la corveta de vapor *el Colbert* para llevar á la compañía de cazadores á

Tortosa, al sitio en que en otro tiempo se levantaba Marathus. No se abandona á Byblos sin tristeza. Aquella pequeña ciudad, con sus insignificantes facciones, sus intrigas infantiles y su gobernador que tiene de sueldo 30 francos mensuales, nos divertía como á un niño un juguete. En aquel mismo día, después de

haber cruzado por delante de Trípoli, llegamos al ponerse el sol á la vista de Tortosa y de la tan célebre isla de Ruad. Una llanura inmensa, verde, desierta y risueña se estiende desde la orilla del mar hasta una pequeña cordillera de colinas que la terminaba al Este. Al Sur las cimas inmensas del Líbano cubiertas de nieve cerraban el horizonte, al Norte se levantaba una ciudadela que sumergía su pie en el Mediterráneo: era Tortosa. La isla de Ruad, situada en frente, á 2 leguas á lo ancho, salía del agua con sus mil casillas, su fuerte en miniatura y sus antiguas murallas como una ciudad que queda la mitad en seco durante una inundación. A lo lejos, en la llanura, se percibían monumentos extraños, gigantescos, que se destacaban en un cielo azul. *El Colbert* echó el áncora á poca distancia de Ruad.

Tortosa y las colinas del Este están habitadas por los ansarianos ó *nessairies*, puebla pobre, en guerra permanente con las autoridades turcas, y terror de los sirios. Apenas habíamos anclado, nos llegaron noticias poco tranquilizadoras; se nos envió á decir de Ruad que los ansarianos querían oponerse á nuestro desembarco, y luego se nos dijo que se habían ya puesto en marcha, y por último, que seis mil hombres, escondidos detrás de los mogotes de arena que se levantan en la playa, nos estaban aguardando. Como era necesario desembarcar, se decidió que al día siguiente por la mañana *el Colbert* se pondría al paio lo mas cerca posible de tierra, dispuesto á barrer las costas con sus balas, mientras que la compañía, compuesta de unos cien hombres, ganase un pequeño cerro aislado, en que parecía mas fácil la defensa. Después de haber tomado esta posición, debía hacerse fuerte en ella por espacio de cuarenta y ocho horas, durante las cuales *el Colbert* iría á buscar y traería refuerzos. No había aun amanecido cuando empezó la maniobra. *El Colbert* fondeó magestuosamente á 200 metros de tierra; se distribuyeron entre los artilleros las municiones correspondientes, se abrieron las portas, y nosotros bajamos á las embarcaciones. Los méganos, de que se nos había hablado, nos ocultaban enteramente el paisaje. La compañía avanzó silenciosa hasta la altura designada; nos encaramamos por ella á paso de carga, y cuando estuvimos en la cúspide, resonó un inmenso grito de «¡Viva Francia!» Fijamos la vista en la llanura: el grito que dimos levantó una liebre que se había encamado tranquilamente entre la yerba, y la vimos huir hacia el Este: era el único ser viviente que apareció en toda la extensión del horizonte.

VI.

El llano de Tortosa.—Tortosa.—Ruad.—Amrit.—Antigüedades.—Marcha del ejército francés.—Regreso á Tortosa.—Viaje á Lataquí y al castillo de Mercab.

El campamento, establecido en el cerro que tan fácilmente habíamos ganado, se trasladó pocos días después de nuestra llegada á una legua mas al Sur, en el mismo sitio de la antigua ciudad de Maratus, y á la orilla de un riachuelo que aun en la actualidad conserva su primitivo nombre de *Narh Amrit*. Los llanos de que se halla Tortosa rodeada, encerrados entre el mar y las montañas que habitan los ansarianos, se entienden desde Trípoli hasta Lataquí en una extensión de unas 30 leguas. Insalubres en invierno, son mortíferos en verano. El agua se acumula en ellos detenida por montones de rocas ó por bancos de arena, y forma estanques de los cuales al ponerse el sol se desprenden vapores mefíticos que envenenan la atmósfera. Aquellos llanos se hallan en su mayor parte incultos; los arroyos se ocultan en ellos debajo de bosques de oleandros y flores de todas las especies y de todos los colores, toman de ellos posesión al llegar la primavera. Nada de aldeas, nada de habitaciones; solo dos ó tres khans, medio destruidos, y algunas torres ruinosas se levantan de cuando en cuando á poca distancia del mar. Durante el día pacen allí algunos búfalos, y por la noche les reemplazan los chacales y las hienas. Por la tarde algunos pobres ansarianos, acuchando al viajero árabe, encuentran allí el medio de hacerse á sí propios limosna con el dinero de los que desbalijan. Al acercarse á Tortosa, se andan unas 3 leguas entre tumbas violadas y fosas funerarias muy espaciosas abiertas en el suelo. La isla de Ruad, que aparece á poca distancia, los monumentos, restos de la antigua Marathus, diseminados por la llanura, vastas necrópolis, que son verdaderas ciudades subterráneas, Tortosa en fin, encerrada á la orilla dentro de su doble recinto, recuerdan á la vez las mas memorables épocas de la historia de Siria.

Esceptuando el kuri de una aldea cristiana perdido en la montaña ansariana, dos fakires indios que, después de haber sido mendigos en Damasco, se hicieron mendigos en Lataquí y en Alepo, y un húngaro que con un palo en la mano había salido de Constantinopla sin entender el árabe ni el turco, para buscar trabajo en Alejandría, á nadie vimos durante nuestra permanencia en el campamento de Amrit. Con frecuencia escogíamos las alturas para dar nuestros paseos. La llanura, de la cual robaban siempre una parte á nuestros ojos las rocas, los bosquecillos, los accidentes del terreno ó las selvas de adelfas, nos parecía mas fértil á medida que la íbamos atravesando. No hay ninguna comarca en Siria que mas que aquella se prestase al cultivo si estuviere en manos

de una población activa é inteligente. Abriendo canales, saneando el país, desecando las ciénagas, se obtendrían muy pronto magníficos resultados. Pero al acercarse á los trópicos se adquiere la convicción de que cuanto mas productiva y naturalmente rica es la tierra, tanto menos se cuidan sus habitantes de cultivarla. Contados son los campos que cultivan los ansarianos al pie de las colinas en que viven. Aquella es una población indolente y miserable. Mujeres, hombres y niños, mal cubiertos de harapos, están siempre temblando con el frío de la calentura. Los hombres permanecen en el hogar hilando ó fumando, mientras las mujeres y los niños trabajan en los campos. Sus casas, hechas de toscas piedras, sin argamasa ni cimiento de ningún género, no tienen de altura mas que 2 metros; su interior está en parte bajo tierra, y esteriormente, á una grande altura del suelo, se balancea, sostenida por cuatros recias estacas, una caja de hojas, en que los ansarianos pasan acurrucados los fuertes calores del verano.

A 2 leguas al Sur del campamento, en la llanura, sirve de asilo á algunas familias árabes un antiguo castillo, el Kalat-Yamur, edificado en otro tiempo por los cruzados. La torre central y las fortificaciones exteriores están arruinadas; las puertas hechas pedazos; las escaleras no tienen peldaños, ni las salas ciegos rasos, ni los nuevos habitantes se entretienen en reparaciones. Para abandonar la fortaleza aguardan que se derrumbe. La misma Tortosa no es mas que una vasta ciudadela que sumerge sus pies en el agua, y detrás de su doble cinturón de murallas abriga algunas pobres casas árabes, adheridas bien ó mal á sus trincheras. Su iglesia, tan célebre en tiempo de San Luis, ha quedado sola fuera de la ciudad moderna en medio del cementerio.

Cuando de Amrit, ó para hablar con mas propiedad, del punto en que estuvo Amrit se llega á la ciudad, es preciso para entrar en ésta dar una vuelta á su rededor, porque un foso ancho, profundo, lleno en otro tiempo de agua, en que hoy brotan corpulentos árboles, legumbres y flores, separa al viajero del primer recinto, que es una fortificación espléndida, cuyas piedras, talladas en almohadillado, descansan sobre una base de granito. La puerta, situada al Norte, en un ángulo entrante de la muralla, y á la cual se llega subiendo una escalera de cuarenta escalones, mira al mar. Encima se distingue un escudo, el del conde de Tolosa. Después de haber franqueado esta puerta y la admirable sala que sigue, en que el albeitar herrador y el zapatero han establecido actualmente su industria, se pasa á un segundo recinto tan bello como el otro, pero destruido en parte, de suerte que solo uno de sus lados ha quedado enteramente en pie. El foso que separa los dos parapetos se ha convertido en una calle de Tortosa, si el

nombre de calle puede darse á un espacio circular en que de cuando en cuando se levanta sobre las ruinas un miserable casucho. Después de haber pasado por una especie de brecha, se llega á la plaza que ocupa el centro mismo de la ciudad, y en el fondo hay una muralla y algunas torres que nos separan del mar y en que se apoya una pequeña mezquita; alrededor, y embutidas todas en la casa interior del segundo recinto, están colocadas en círculo algunas tenduchas en que los mercaderes están todo el día fumando tranquilamente su pipa. Tortosa cuenta unos seiscientos habitantes. A ella van los ansarianos todos los domingos á hacer sus provisiones, y en tales días ofrece mucho movimiento y mucho ruido. Los asnos, los caballos, los camellos, los fellahs se encuentran en la plaza, obstruyen el tránsito y suben y bajan en extraña confusión la ancha escalera que conduce á su puerta. No se crea que se hagan allí importantes transacciones. En Tortosa no se conoce mas que la moneda menuda, siendo lo mas singular que allí no se admiten las piezas turcas que valen mas de 1 khransé, 1 sueldo á poca diferencia.

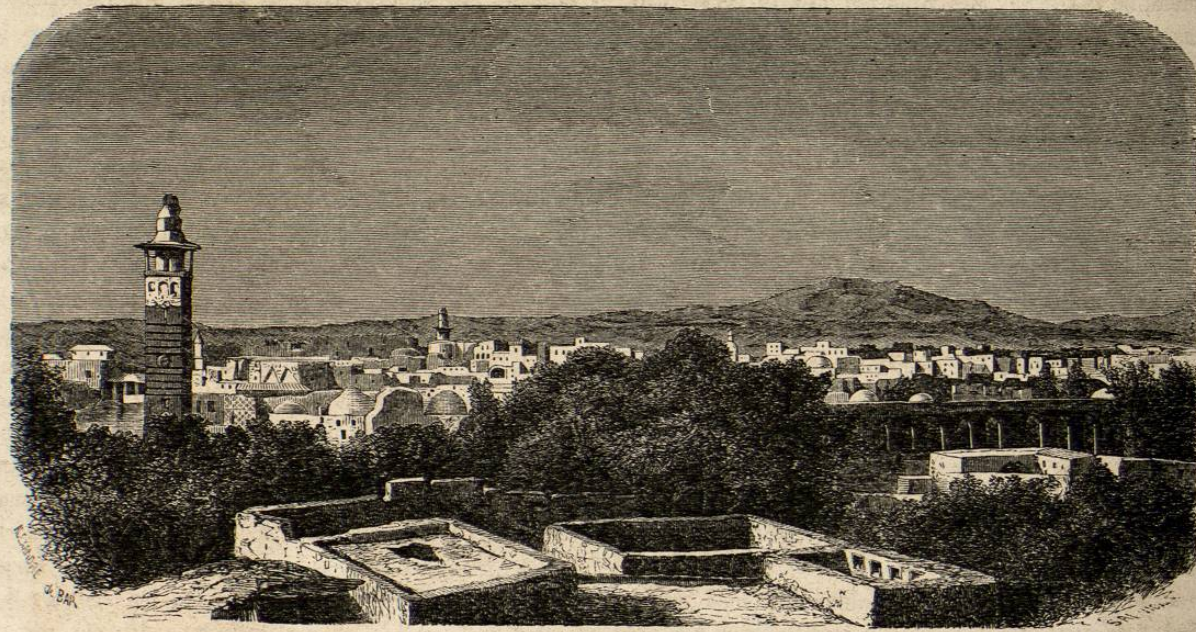
La ciudad no se halla como Djebel agitada por facciones. Allí todo el mundo vive en buena armonía. Sin embargo, no siempre ha gozado Tortosa de esta calma, pues sin remontarnos á la época en que se llamaba Antaradus, se la ve á cada instante, en la historia de las cruzadas saqueada, incendiada, destruida. Residencia de un pequeño feudo, tenia entonces alguna importancia. En Tortosa se firmó en 1282 un tratado de paz entre Malek-el-Mansur (Kelaun) y Guillermo Dybadjouk, gran maestre de los templarios de Acre y del litoral, siendo lo mas curioso de este tratado que los cristianos para ponerle fecha hicieron uso de la era de los Seléucidas. Dicho tratado comprende por una parte los Estados del sultán y de su hijo, Siria, Palestina, Egipto, etc., y por otra Tortosa y sus dependencias. Ambas partes se comprometieron á no saquear el territorio de su vecino.

Tortosa es una pequeña ciudad que se muere. El número de sus habitantes disminuye diariamente, y no tiene industria ni comercio. Ruad, por lo contrario, está llena de vida y de actividad. La isla se halla cubierta de casas que trepan las unas por encima de las otras, y dominando esta pirámide de piedras, un espacioso castillo turco levanta sus torres macizas, en que algunos cañones, tan antiguos como la invención de la pólvora se enmohecen en sus cureñas cojas. Da lástima al verles melancólicamente apoyados en las troneras, convertidos en armas inútiles, enclavados por los chiquillos, é inclinándose como veteranos inválidos hacia la ciudad que dominan aun, pero que no pueden ya defender. Se erigió el castillo en la época de la guerra de Grecia, cuando Canaris llegaba

hasta aquella playa á incendiar los buques enemigos. La poblacion de Ruad, compuesta totalmente de marinos, como en los buenos tiempos de Fenicia, es rica, ardiente, enérgica. Si es verdad que Siria puede compararse con una gran casa de locos, comparacion que es menos rara de lo que á primera vista parece, Ruad es la jaula de los locos furiosos. Allí el fanatismo musulman no conoce límites. Preciso es sin embargo hacer justicia á Ruad: sus calles son limpias, su bazar está lleno de animacion y ofrece un movimiento que se buscaria en vano en las demás ciudades del litoral. Ruinas de murallas fenicias cercan la ciudad y la isla; el antiguo puerto, dividido en dos por una antigua escollera, abriga barcas pescadoras pintadas con vivísimos colores, bergantines,

fragatas y una flotilla de falúas. Los barcos costeños pasan allí el invierno, no hallando abrigo contra los vientos del O. ni en Saida, ni en Sur, ni en Beyruth.

Dando crédito á ciertos autores, esperaba cándidamente hallar á Ruad completamente desierta, y quedé muy sorprendido al verla cubierta de habitaciones y muy poblada. Sterne, que fue el que principalmente me hizo incurrir en error, al describir todas las clases de viajeros, ha olvidado una, la de los viajeros que no salen de su casa, y de esta es de la que yo debia haber desconfiado. En efecto, estos viajeros, que no viajan, son como los carneros de Panurgo. Basta que uno de ellos se meta en el cenagal para que todos los demás hagan otro tanto, y fuerza es decirlo, respecto de Ruad, Volney es



Hama.—De fotografia.

quien ha empezado. «Actualmente, dice Volney, la isla está arrasada y desierta.» Volney no la habia visto, y no dice acerca de ella mas que una frase, pero esta frase contiene dos errores, lo que no parece mucho. Siguió á Volney Laorty-Hadji, un buen francés, segun creo, que tampoco habia visto á Ruad, pero que habia leído la obra de Volney: «En ésta, dice el nuevo autor, en que, segun Strabon, florecia una magnífica ciudad, no se encuentran actualmente mas que ruinas. Las casas, que tenian mas pisos que los de Roma, no conservan ya ni una sola pared en pie; nada de ellas existe ya; no queda en su lugar mas que un escollo escueto y desierto.» La frase de Volney ha servido de pretexto á nuevas sarta de desatinos. Hé aquí cómo se espresa M. David,

orientalista, describiendo á Ruad, en la coleccion, por otra parte tan preciosa del *Univers pittoresque*: «No abandonamos la playa de Tortosa sin contemplar en el mar la vasta roca que fue la república de Aradus, y que no es ya mas que un inmenso escollo. Nunca la desaparicion de una ciudad ha sido mas general, nunca un esterinio humano ha sido mas completo. Ni un vestigio de habitacion, ni una piedra tallada, ni un cimientto enterrado quedan de aquella isla asolada, desnuda, desierta.» La frase de Volney es la causa de todo el mal, y poco le ha faltado para que esos señores no hayan aniquilado, al mismo tiempo que á la pobre Aradus, la roca que, segun M. David, fue una república. Su existencia no ha dependido mas que de una frase.



Mendigo.

Ansrriano.

TIVOS SIROS.

Fellah. Musulman. Bailarin.